

las operaciones militares, bien porque se tratara de objetivos militares, bien porque se interponían entre atacantes y defensores. En sus conclusiones, la autora señala que la mayor parte de la arquitectura civil, y puede que más de la mitad de la religiosa, cayeron víctimas de la aviación y la artillería nacional. Las destrucciones en este caso se encuentran muy localizadas en las diversas vías de acceso a la capital y en los barrios de Argüelles y Moncloa, donde la presión de los nacionales fue mayor y más continuada.

Aunque a simple vista pueda resultar paradójico que la destrucción de edificios religiosos se debería más a las armas nacionales que a los incendios promovidos por los republicanos, no hay que olvidar que estamos hablan-

do de arquitectura, y que este tipo de patrimonio artístico es el más resistente al vandalismo, por lo que la mayor parte de los incidentes ocurridos antes de 1936 supusieron la pérdida de abundante arte sacro y de valiosos documentos, pero los edificios irrecuperables fueron lógicamente menos que los que cayeron bajo las bombas y proyectiles de los atacantes.

Puestos a señalar alguna carencia, no estaría de más que la publicación hubiera incluido algún cuadro estadístico en el que se resumieran los datos que se proporcionan a lo largo de la misma, por más que en las conclusiones se recojan las cifras que se han considerado más significativas.

ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA

Julio ALBI DE LA CUESTA, **El ejército carlista del Norte (1833-1839)**, Madrid: Desperta Ferro, 2017, 483 p., ISBN: 9788494518775

La obra de Julio Albi, un conocido especialista en historia militar, supone sin duda una importante aportación a nuestros conocimientos sobre el Ejército Carlista del Norte, pero deja al autor de estas líneas una sensación agridulce, pues si bien es cierto que Albi demuestra una gran erudición, y que ha consultado la documentación del Archivo General Militar de Madrid (anteriormente consultada por Juan Pan-Montojo y por mí), no lo es menos que no ha hecho lo propio con la de las diputaciones vasconavarras, ni tampoco con el fondo Pirala de la Real Academia de la Historia. Esto hace que

algunas partes del libro resulten menos sólidas que otras.

Los dos primeros capítulos, titulados “el marco” y “el estado carlista”, pueden considerarse que tienen un carácter introductorio, y en ellos se tocan temas muy diversos y, a mi entender, con muy diverso acierto. La presentación del conflicto como una lucha de clases me resulta demasiado manida, pero como ya he escrito en diversos lugares contra esta interpretación no me creo obligado a extenderme en este punto, en el que además tendré ocasión de incidir más adelante. Creo también que la cuestión dinástica tuvo más im-

portancia de lo que Albi supone en el alzamiento carlista de 1833 que, no hay que olvidarlo, se hace contra una Isabel II reina absoluta, y que es sofocado por el ejército de Fernando VII, a cuyo frente estaban algunos de los más destacados generales absolutistas del trienio liberal, como Sarsfield y Quesada. En cuanto al tema de los fueros, creo que hay que resaltar que indudablemente los carlistas eran foralistas –aunque este no fuera el motivo fundamental del alzamiento de 1833–, y, sobre todo, que si el alzamiento de Navarra y Vascongadas tuvo las dimensiones que tuvo en octubre de 1833 se debió precisamente a la existencia de los fueros, que hicieron imposible someter a los voluntarios realistas locales a la depuración de que habían sido objeto en el resto de España, pues aquí dependían de las diputaciones forales, mucho más difíciles de manipular desde Madrid.

Otro aspecto que llama la atención es que tan sólo se dedique un par de páginas a hablar de la situación del ejército en el momento en que comienza la guerra, ejército que se minusvalora, no citándose en ningún momento la reforma efectuada en 1828 por el marqués de Zambrano, que supuso una importante mejora del mismo, y lo estableció sobre un pie de cien mil hombres en tiempo de paz: 65.000 de servicio permanente y 35.000 de reserva, a los que había que añadir más de nueve mil carabineros, infantería de marina, etc., cifras que se habían aumentado antes del comienzo del conflicto con la creación

de nuevas unidades (regimientos de infantería y caballería de la Princesa) y la movilización de la brigada de la guardia real provincial que habitualmente permanecía en descanso, unos 4.500 hombres, procedentes de las compañías de preferencia de los regimientos de milicias. Por lo que al ejército liberal se refiere (es más correcto llamarlo isabelino, pues desde luego en 1833 no defendía un régimen liberal, aunque es algo en lo que hemos caído todos), tampoco es tema al que se de gran importancia, aunque sí merece la pena señalar que contraponen los efectivos dados por los ministros de la guerra en las Cortes con las del *Anuario Estadístico de España de 1858*, en que aparecen unas cifras más elevadas.

Muy negativa es la imagen que se ofrece del estado carlista, y del propio don Carlos, dando la impresión de que la guerra se hubiera llevado mejor sin él, lo que es harto discutible, primero, por la inyección moral que produjo su llegada en un momento especialmente crítico para sus seguidores, sobre los que además contribuyó poderosamente a aliviar la presión al dedicarse a su persecución buena parte de los efectivos con que Rodil había llegado desde Portugal y, segundo, porque en caso de muerte del general en jefe, como ocurrió con Zumalacárregui, podía investir a su sucesor de la legitimidad necesaria para ocupar el cargo. Utilizar los interrogatorios a los desertores para ver la opinión que tenían de su Rey parece algo fuera de lugar, pues es evidente

que en general no iba a ser positiva y, además, se trata de testimonios de épocas en que la guerra está muy avanzada. Sí se capta muy bien, sin embargo, el ahogo que supuso para el país vasconavarro la prolongación de la guerra, lo que explica la falta de capacidad de los legitimistas ante la traición de Maroto.

Llegamos así a los tres capítulos que, desde mi punto de vista, constituyen el núcleo central de la obra, y que llevan el mismo título: “El Ejército Carlista del Norte”. No deja de ser curioso que dedique muy poco espacio a hablar de sus mandos –tan sólo tres párrafos–, y lo hace de forma muy general, cuando no hubiera estado de más citar que en el levantamiento de 1833 participaron diez generales fernandinos y similar número de coroneles, y que a lo largo de la guerra llegaron a pisar el norte más de treinta generales de la misma procedencia. Pero tal vez lo que destaca más de este apartado es la machacona insistencia que se hace en la condición de reclutas de la mayor parte de los soldados carlistas, y de que se trataba de gentes de procedencia social ínfima, cosa que ya se ha ido avanzando en los capítulos previos: “desde luego la alineación de muchos labradores pobres con el carlismo no implicaba necesariamente una afinidad ideológica profunda. Sería la miseria, más que los principios, el principal agente reclutador de don Carlos”(9). Lo que sucede es que esta idea de voluntarios carlistas –cuando lo eran– que carecían de ideología y se movían

sólo por el hambre contrasta con los testimonios que el propio Albi recoge de Espoz y Mina, Fernández de Córdoba y Ros de Olano sobre el apoyo popular del carlismo en el país vasconavarro, que hacía que la población les fuera “totalmente hostil”. Es decir, que de seguir los planteamientos de Albi, en la zona de operaciones los habitantes eran carlistas, pero no así los soldados carlistas nacidos en ella, que no tenían ideología, sino un salario (eso cuando lo cobraban, claro). Ciertamente es que para hablar del carlismo de la zona Albi cita sólo fuentes isabelinas, pero podemos corroborar la afirmación con las propias fuentes carlistas, como la que puede verse en el Archivo General de Navarra, Real Junta Gubernativa, Libros de actas, II, sesión del 25 de febrero de 1836, en que se representa al Pretendiente contra la política de represalias:

“Jamás pues ha sido ni es de parecer la Junta informante de que las represalias sean matemáticamente iguales en razón a que como ya lo tiene dicho en este mismo expediente, no hay proporción alguna en estas Provincias, y aun se atreverá a decir en toda la España entre carlistas y cristinos, pues para ciento, que hay de los primeros, habrá uno de los segundos. No negara por eso, antes juzga utilísimo el que las vejaciones, los atropellamientos parciales, que cometieran nuestros enemigos en personas y familias, se repriman con el cas-

tigo de los afectos al Gobierno usurpador, y aun si pudiera pactarse entre las partes beligerantes el que se respetasen las familias y propiedades recíprocamente; se evitarían muchos males, y la guerra no sería tan desoladora [...] Nos hallamos todavía dominados de bayonetas usurpadores en una gran parte de este país; innumerables son las personas y las familias descubiertamente declaradas por la causa de la legitimidad, y que permanecen, si han de vivir, bajo el yugo tiránico de los cristinos. Si pues se diese demasiado vuelo al derecho de represalias, ¿qué sería de tantos leales desvalidos? ¿Que de sus bienes? Téngase pues presente que persiguiendo nosotros a un cristino declaramos la guerra cien carlistas”.

O sea, que tanto los carlistas como los isabelinos estaban convencidos de que la mayoría de la población, al menos en el escenario de la campaña, era procarlista. Lo que yo no he visto, sin embargo, es documentos carlistas diciendo que sus soldados lo fueran porque no tenían otro medio de comer o deseaban dedicarse al robo y la rapiña, lo que sin embargo sí dicen de los cuerpos francos. Que la mayor parte de los soldados del ejército carlista no eran ricos es evidente, tampoco lo eran los del liberal ¿o es que la composición social de los soldados de ambos ejércitos era distinta? Algunos de sus jefes sí lo eran, como también algunos dirigen-

tes isabelinos, pero no es este el tema que ahora nos interesa. Porque hay un tema más: ¿no tener dinero significa no tener ideales?, ¿suponemos que un soldado carlista, si era pobre, no podía creer en el Altar y el Trono? Esto podría decirlo la propaganda liberal de la época, pero no ser hoy tomado en serio. Recordemos al respecto lo que cuenta Balmes sobre sus paisanos de la montaña catalana:

“Mucho se ha hablado del espíritu de vandalismo, de rapiña y de pillaje, señalando todo esto como causa del engrosamiento de las filas carlistas [...] Claro es que entre los carlistas no faltarían hombres perdidos que so color de pelear por Don Carlos, tratarían de vivir a sus anchuras: esto sucede en toda clase de insurrecciones; pero si a hecho semejante se le quiere dar una importancia excesiva, si se pretende tomarle como clave para explicar lo que solo puede explicarse por causas políticas, me parece que en refutar estas ideas se interesan dos cosas: el honor de los militares y el honor del país; porque si los carlistas no eran más que bandas de ladrones y forajidos, ¿cómo es que los ejércitos no podían destruirlos? Se me dirá que el país los protegía; pero entonces yo preguntaré si el país es algún establecimiento de ladrones, pues que tanta protección habría dispensado a gavillas de ladrones. No he conocido de

cerca de los habitantes de otras provincias donde la insurrección había tomado cuerpo, pero sí a los moradores de las montañas de Cataluña; y emplazo a todo hombre que los haya tratado, para que me diga, si dejan nada que desear su afición al trabajo, su honradez, y su aversión al latrocinio y al pillaje”.

Más interesantes para conocer las motivaciones de los voluntarios carlistas que los testimonios de desertores que recoge Albi, creemos que son los testimonios dados por los requetés que combatieron en nuestra última guerra civil, recopilados por Pablo Larraz Andía y Víctor Sierra-Sesúmaga en su magnífica obra: *Requetés*, de las trincheras al olvido (Madrid, La Esfera de los libros, 2010). Precisamente porque son cien años posteriores no creo que a nadie se le ocurra plantear que los hombres de 1833 eran más modernos en sus motivaciones que sus bisnietos, en cuyas entrevistas queda espléndidamente reflejada la mentalidad carlista.

Partiendo del presupuesto de que no eran ladrones (robar se hacía mucho mejor en los cuerpos francos), queda ver si eran o no voluntarios. El alzamiento carlista de 1833 es producto de una conspiración previa, dirigida desde Madrid (algo que no sé por qué no recoge Albi) y se lleva a cabo en las provincias vasconavarras y el norte de Castilla por medio sobre todo de la sublevación masiva de los voluntarios realistas. Se trata de

algo en lo que he incidido en mi tesis sobre la Primera Guerra Carlista, como también en que hubo llamamientos a filas en noviembre de 1833 y febrero de 1834, imponiéndose el sistema de recluta a partir del 17 de julio de 1834. Pese a todo, y debido a las especiales circunstancias de la guerra, creo que, en general, quienes se incorporaron al Ejército Carlista del Norte con anterioridad a la campaña de Zumalacárregui de la primavera de 1835 pueden considerarse en su mayor parte voluntarios, pues dado que los carlistas no tenían un control territorial permanente sobre ninguna parte del territorio sus disposiciones eran relativamente sencillas de eludir. Es curioso que hay obras que tratan de dar la imagen de que los soldados carlistas habían sido arrancados a la fuerza de sus hogares, olvidando que era mucho más fuerte la capacidad de presión de los isabelinos que la de los carlistas hasta que se delimiten las posiciones. Pero en fin, es un tema menor, pues insisto, si las fuentes están acordes en el carlismo de la zona, no iban a ser los soldados de don Carlos, reclutas o voluntarios, los únicos no carlistas del lugar.

En cualquier caso, la opinión de Albi “de que el carlista nunca fue un ejército de voluntarios, y que, a medida que pasó el tiempo, lo fue menos” (algo esto último que comparto), queda matizada por el hecho de que él mismo considera que fueron voluntarios los que quedaron en las filas carlistas tras el fracaso de la sublevación de octubre (61), cargando el peso de

la no voluntariedad después de la llegada de don Carlos, aunque como le decía a Mina uno de sus subordinados “sacan los mozos que quedan de todos los pueblos, y aunque algunos van de mala gana, los más van cantando”. Según aumente la presión del estado carlista en busca de hombres, con cupos imposibles de cumplir, el ejército será menos voluntario.

Albi no profundiza, pues no es su tema, en el ejército isabelino, pero dice que el hecho de que muchos de sus prisioneros se pasaran a las filas carlistas “indica, en contra de la propaganda oficial de la época, la escasa motivación de los soldados cristinos, a la par que una notable falta de principios” (66), lo que no tiene por qué ser correcto. Podían tener principios, pero no precisamente liberales, por más que el ejército jugó sin duda un importante papel a la hora de aumentar su número. Al hablar de la deserción merece la pena destacar que lo primero que hace Albi es recordar que “se trataba de algo endémico en los ejércitos, tanto profesionales como de quintas, y en modo alguno una particularidad del carlista que, al contrario, parece que sufrió de esta lacra menos que sus enemigos” (72).

Del análisis que hace de las declaraciones de los desertores carlistas señala que “lo que llama la atención es el estado elevado de moral que se plasma en muchas declaraciones de los pasados, teniendo en cuenta las fechas tan tardías en que se hicieron y que esos hombres, por definición, no tenían ningún espíritu combati-

vo” (86), si bien esta situación cambia a partir de mayo de 1839, con declaraciones muy negativas de los desertores navarros, sin duda influenciados por el fusilamiento de sus generales.

Albi comienza el último de los capítulos que dedica al Ejército Carlista del Norte señalando que: “Es importante señalar que en la Primera Guerra Carlista se enfrentan dos ejércitos solo mediocrementemente instruidos y, por lo tanto, con una escasa capacidad para ejecutar evoluciones complicadas. La falta de cuadros, especialmente sargentos experimentados, la presión de las operaciones y, sobre todo en el bando carlista, la psicología del soldado, impedía que los hombres llegaran a adquirir el automatismo que exigían las maniobras más complejas” (143). No estamos en absoluto de acuerdo con la afirmación, pues en la Primera Guerra Carlista no se enfrentan dos ejércitos, sino que se enfrenta un ejército, el único existente, con las partidas que se crean a partir del fracaso de la sublevación de voluntarios realistas de octubre de 1833. Y lo primero que hay que señalar es que los voluntarios realistas no eran militares con instrucción militar digna de tal nombre, sino paisanos armados con muy escasos conocimientos militares, desde luego no equiparables a tropas que llevaban varios años sobre las armas, como eran la mayor parte de las que componían el ejército isabelino en octubre de 1833. Esto explica que Sarsfield, al frente de 3.157 infantes, 237 caballos y una batería de cuatro piezas con la correspondiente dota-

ción pudiera en poco más de veinte días ocupar Vitoria y Bilbao sin que fuerzas carlistas diez veces superiores pudieran hacer nada por impedirselo. Si los realistas hubieran tenido una mínima instrucción militar esto hubiera sido completamente imposible.

Curiosamente, el propio Albi afirma poco después que los carlistas no tenían un ejército, cuando afirma que: “Cuando ese general [Zumalacárregui] tomo el mando, se encontró con el difícil problema de hacer frente a un ejército regular con un puñado de hombres, muchos de ellos entusiastas, ya que entonces el porcentaje de voluntarios era considerablemente más elevado de lo que después fue, pero con una instrucción como mucho rudimentaria. Con ese material humano, inicialmente solo podía aspirar a sobrevivir, y ganar tiempo para irse reforzando, mientras desgastaba al enemigo” (144), y por mucho que añade que las tropas isabelinas, exceptuando la Guardia, tampoco estaban particularmente bien instruidas, la diferencia era abismal. En Caballería continuó siéndolo siempre.

A lo largo de estos capítulos se abordan también temas como la táctica seguida por los carlistas, su uniformidad, armamento portátil, disciplina, organización, sanidad, raciones, etc., sobre lo que aporta datos interesantes, aunque en algunos de estos apartados es donde más se echa de ver el hueco dejado por no haber consultado la documentación de las diputaciones carlistas, que eran las que se ocupaban de estos asuntos. En este sentido, me

llama la atención que no haya al menos aprovechado los datos que yo doy en mi libro sobre *La Primera Guerra Carlista* (Madrid: Actas, 1992), pues aunque el epígrafe que dedico al Ejército Carlista del Norte ocupe sólo 28 páginas (167-195) en el mismo hago uso de documentación de dicha procedencia, incluyendo, por poner un ejemplo, los datos de los acuerdos a los que llegan las diputaciones para el reparto de raciones entre 1836 y 1838.

A estos tres capítulos siguen otros cinco en que se estudia el desarrollo militar de la guerra, dando importancia a la época de Zumalacárregui, de quien destaca que: “Quizá su genio residió en su decisión desde el primer momento, de formar un ejército de lo que eran poco más que unas bandas apenas organizadas, y en su capacidad para hacerlo. A diferencia de hombres como Mina y el Empecinado, fue siempre un militar –aunque en sus orígenes hubiese servido con el Pastor–, y nunca pensó en limitarse a la guerrilla, que habría sido la vía más fácil, pero con menos futuro” (222). Es algo en lo que coincidimos plenamente, pues el gran éxito de Zumalacárregui, como el de Carnicer y Cabrera en el Maestrazgo, fue lograr convertir en ejércitos a lo que no eran sino guerrillas desorganizadas.

Aunque los dos capítulos dedicados a las expediciones están llenos de datos interesantes, en mi opinión lo mejor del libro son los dos capítulos finales, en que estudia el proceso de descomposición del carlismo y el penoso papel jugado por Maroto, que

sigue con todo detenimiento haciendo especial y debido hincapié en las negociaciones con Espartero.

La obra se concluye con dos apéndices, el segundo de los cuales recoge la organización dada por Espartero a sus tropas tras el Convenio de Vergara, mientras que el primero trata de recoger la evolución de fuerzas del Ejército Carlista del Norte, aunque en este caso resulta muy perjudicial no haber consultado el fondo Pirala de la Real Academia de la Historia, donde hay estados de fuerzas que no recoge en su *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, *Historia* que, no me cansaré de decirlo, debe ser usada siempre en su tercera edición, más completa que la segunda, por más que esta sea más

cómoda de manejar. El apéndice da además la misma fiabilidad a estados oficiales hechos por el Estado Mayor Carlista que a las apreciaciones de diversos autores y militares de la época. En mi opinión lo ideal hubiera sido una buena reproducción fotográfica de los estados de fuerzas conservados en el fondo Pirala, con algún tipo de comentario previo.

El libro, además de su ingente cantidad de datos y buena prosa, está cuidadosamente editado (por más que no me hubiera molestado un tipo de letra algo más grande, pero comprendo que hubiera aumentado el coste), e incluye numerosas reproducciones en color de grabados de la época.

ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA